

TRAGEDIA.

EL PHILOCTETES DE SOPHOCLES.

EN DOS ACTOS.

ACTORES.

Philoctètes, hijo de Peante.
Ulisses, de Itaca.
Neoptòlemo, ó Pirrho, hijo de Achiles.
Egisto, compañero de Neoptòlemo.
Nirèo, de el sequito de Ulisses.
Hercules.
Coro de los que siguen á Neoptólemo.

La Scena se supone en Lemnos, cerca de una cueva poco distante de el mar.

ACTO I.

SCENA I.

Ulisses, Neoptòlemo, Egisto.

Uliss. YA pisamos, Neoptólemo, la playa
de la montuosa Lemnos. En su arena
quedó (son yá diez años) Philoctétes
enfermo, triste, y solo; pues apenas
se sintiò herido, los continuos ayes
que el dolor le arrancaba con violencia
quitaban el sosiego al sacrificio,
la paz y el orden á la armada entera.
Pero esto importa poco, y yà lo sabes,
y yà es tiempo de obrar con diligencia.
Ha de venir à Troya Philoctétes
ó de su buena gracia, ò bien por fuerza.
Esto nos encargó toda la armada,
y esto ha de ser, si ha de triunfar la Grecia.
Yo no puedo (lo sabes) presentarme
á ese infeliz: el mira su miseria
como nacida ya de mi consejo.

Si, yo me engaño, ó Philoctètes piensa
que es Ulisses auctor de su abandono.
El me busca y me encuentra en cada fiera
que se le pone à tiro, y el dirige
à un tiempo á mi su enojo, à ella sus flechas.
Mas tu bien puedes sin algun recelo
presentarte à sus ojos. Vé, las señas
que ya te dí conducirán tus pasos:
una mala abertura de una peña,
no bien cerrada al viento y à las lluvias,
con una fuente al lado, y una selva
que entristece à lo lejos ... mas ¡qué miro!
ya descubro la fuente. Esa es la cueva:
adelantate Pyrrho, y reconoce
si está ò no Philoctètes.

Neop Voi ... no, en ella
el no se ve: pero en un tosco vaso,
y en un lienzo pendiente de una cuerda
que destila su sangre, y en el humo
que viste las paredes, y en la hierba
que le sirve de lecho estoi mirando
su vida, su dolor, y su miseria.

Uliss. Esta es su habitacion, no hai que dudarlo,
y el en busca andarà de algunas hierbas
para curar su herida. Oyeme un poco,
logrèmos los instantes y su ausencia.
O Neoptòlemo, hoi tienes en tu mano
el exito feliz de nuestra empresa,
si los consejos que te dì practicas
escrupulosamente.

Neop. Me aconsejas,
en suma, que le diga ...

Uliss. Oye un momento,
todo lo dirè en breve: con paciencia
sufre aqui, que yo apunte lo que oiste
largamente en el mar. Di con franqueza
tu nombre à Philoctètes y tu patria;
y añade, que navegas á la Grecia
abandonando à Troya y á la armada,
que injusta à tus derechos te desprecia.
Dile la muerte de tu padre Achiles,
el llanto de los Griegos, tu presteza
en navegar à Troya, y la injusticia
con que los Gefes (como si ellas fueran
armas de los Atridas) destinaron
las armas de tu padre (ó, ¡si el lo viera!)
al engañoso ... si, dì tambien esto,
al engañoso Ulisses, que en tu herencia
contra toda razon entró, y dejaron
al hijo solo, triste, y con afrenta.
Luego despidete, como que quieres
los instantes ganar para tu buelta:
deseale la paz que aqui no tiene,

y.

y que vea à ſu patria antes que muera,
y vè marchando. O Pirrho hijo de Achìles,
dirà, ¿conque te vas y aqui me dejas?
Ha! no. Por tu gran padre, por los Dioſes,
y por tu patria àzia la qual navegas,
que me lleves contigo, que me ſaques
de eſta infelicidad en que me encuentras:
Philoctètes dirá. Tu condeſciende,
conducelo à la playa con ſus flechas,
entralo en nueſtra nave;y ¡ò felices
noſotros! y ¡ó felíz la Grecia entera!
Pero antes (me olvidaba) antes procura
que el ſu aljava te deje: tu pretexta,
que quieres venerar aquellas armas
que Hèrcules conſagrò, que quieres verlas,
que quiſieras tocarlas una vez,
y un inſtante no mas. Si el te las deja,
no lo dudes, harèmos que nos ſiga,
y que llegue à la armada aunque no quiera.
Baſta. Lo ſabes; Jupiter, los Hados
la victoria, el deſpojo nos decretan,
pero viniendo à Troya Philoctétes
que traſpaſe al vil Páris con ſus flechas.
Y eſto es lo que llamabas negro engaño
indigno de tu ſangre. La experiencia
te harà ver otra coſa antes de mucho.
Un ardid inocente que nos lleva
á tocar la victoria, por diez años
buſcada y fugitiva, que remedia
los largos males de un enfermo iluſtre,
y le hacen ver el fin de ſu miſeria,
¿podrà llamarſe negro engaño? Ah! vence
tu repugnancia ſi triunfar deſeas.
Atrevete una vez, y un poco tiempo
à fingir algun tanto. Deſpues venga
el candòr à tu pecho para ſiempre,
y ſiempre la verdad hable en tu lengua.

Neop. Pero al fin Philoctétes no es un bruto
ageno de razon.

Uliss. Viva y diſpierta
la tiene, ſi otro alguno.

Neop. Pues dejemos
eſas trazas ahora. Yo quiſiera
moverlo con razones, y no dudo
que podré conſeguirlo.

Uliss. En vano intentas
convencerlo á razon: es inflexible
no menos que tu padre, y à la Grecia
de quien ſe cree mal abandonado
la mira, como mira á ſu miſeria,
lleno de horror. En fin eſto es dificil,
y aun es mas el vencerlo à viva fuerza.

Neop. ¿Tanta tiene un herido?

Uliss. Tiene tanta

que le basta à que vibre en cada flecha
el veneno y la muerte inevitable.

Neop. Pero Troya bien puede dar en tierra
al golpe de mi espada: lo decias,
si yo mal no me engaño.

Uliss. Si, mas era
decirte, que ni tu sin Philoctétes,
ni èl puede sin Neoptolemo vencerla.

Neop. En fin pues yó lo dije, yó lo haré:
y si los Dioses mi ficcion aprueban,
ellos me enseñarán ese camino
que yó nunca he pisado.

Uliss: Pues espera
à Philoctétes tú, yò me retiro,
no sea me descubra. O! tu Minerva,
si vencedores quieres á los Griegos,
haz que Pirrho un istante fingir sepa.

SCENA II.

Neoptòlemo, y Egisto.

Egis. ¿En donde Philoctètes desgraciado
al presente estarà? ¿si havrá avistado
nuestra nave en el puerto? O! si èl la viera,
tropezando y cayendo acà viniera.

Neop. Por esos montes andarà cazando,
ó sus largas desgracias lamentando.
Esa es su ocupacion; llorar, sufrir,
y estàr en Lemnos sin poder salir.

Egis. Tengo por cierto que tan dura suerte
le es mas amarga que la misma muerte.
Ha! sin duda es bien ciega la fortuna;
que asi descarga sin reserva alguna
sus mas terribles golpes. Un guerrero
de valór conocido, compañero
de el grande Alcides, hijo de Peante
se vé mal reducido en un instante
à tan funesta y congojosa vida,
que fuera gran castigo á un homicida.
El da à las fieras con el dia espanto,
y ellas à èl con la noche: nunca el llanto
en sus ojos se enjuga, siempre gime,
siempre á su alma, à su pie el dolor oprime.

Neop. ¡Infelices que somos los mortales!
expuesta nuestra vida á tantos males
carece de un asilo: no, no se halla
còmo evitarlos, si acometen . .

Egis. Calla.
Dioses, ¿es èl? ¿me engaño? yó lo vèo,
ó lo pinta à mis ojos el deseo.

Neop El es, no hai que dudar, ya nos ha visto.
¿Pero q̃ podré yó decirle, Egistho?

* * * * *
* * * *
* * *
* *
*

SCE-

SCENA III.

Neoptòlemo, y Philoctètes.

Phil. O! mi huefped, ¿que Diofes, ó qué vientos
tan enemigos tuyos, tan violentos
à efta playa infelìz te han arrojado?
¿llegas naufrago, ó llegas extraviado?
pero tu trage te me pinta Griego.
¡Diofes! ¿ferá verdad? dime te ruego
ante otras cofas tu nacion, tu nombre:
dilo, y confuela con tu vóz à un hombre,
que apartado de el mundo, y medio muerto
de fus miferias, puebla efte defierto.
Suelta la voz, y diga ella á mi oido,
lo que á mis ojos dice tu veftido.
Eres..

Neop. Si, Griego foi, tu lo dijifte.

Phil. ¡O dulcifsima voz, que à mi alma trifte
ha dado finalmente aquel confuelo,
que tantos años me ha negado el Cielo!
ha! que todos los Diofes, hijo mio,
largo tiempo conferven efe brio
de tu brillante juventud, que veas
largo tiempo á tu patria, y que no feas,
qual yó el mas infelìz de los mortales,
que tengas mi inocencia, y no mis males.
Dime tu nombre, y como acà vinifte,
y la ciudad de Grecia en que naciste

Neop A Sciro que es mi reyno, y patria mia
yó Neoptólemo el rumbo dirigia;
y fi el viento igualára á mi impaciencia
yó ya eftuviera allà, no en tu prefencia.
pero una trifte calma...

Phil Ha! no. Ella ha fido
alegre para mi, pues ha trahido
tal Principe à mis ojos. Pero Scyro::
Pero efe aire, efe roftro:: A lo que miro,
tu eres hijo de Achíles. ¿Que me dices?

Neop. Si, mi padre es Achiles.

Phil. O! felices
el padre, el hijo! el heroe fin fegundo,
cuyo heroico valòr àdmira el mundo;
tu viva imagen de fu edad primera,
ferás como èl, pues eres como èl era.

Neop. Quieranlo afi los Diofes: yò contento
á la calma no culpo ya, ni al viento,
pues aqui, y en tus labios entretanto
encuentro à Achíles á quien amo tanto.
Mas fegun hablas, tu lo conocifte:

fue

¿fue en Troya? ¿pero quando alli estuviste?
yo ahora vengo de el sitio, y .. no me engaño,
yó en Asia no tè he visto: me es estraño
tu semblante, tu trage,
no encuentro griego en ti, sino el lenguage.
¿qual es tu nombre?

Phil. ¡Dioses! tu has salido
de Troya, ¿y ni mi nombre alli has oìdo?
Cielo, tierra, lo veis, y sois testigos,
aun mi nombre olvidaron mis amigos.
yà no hai Theséos, ni Hercules: viviò
con ellos la amistad, y yà murió.
Yo infelìz soi aquel fatal guerrero
de las armas de Alcides heredero,
Philoctétes, à quien los dos Atridas,
oprimido con dos cruèles heridas
una en el alma, otra en el pie dejaron
dormido en esta cueva, y se ausentaron.
Pensamiento de Ulisses. Ha! ¡engañoso,
enemigo cruel de mi reposo!
si, tuya fue la trama: es fiel testigo

Saca de el pecho un pliego doblado, ò màs verisimilmente un pergamino, y queda con el en la mano.

este papel, que ha de venir conmigo
quando mi alma dejando á estos desiertos
vaya triste à juntarse con los muertos.
Lo verá Minos, lo verà Plutón,
y siendo ellos tan rectos, como son,
leeràn en el à un tiempo mi paciencia,
mi rectitud, tu empeño, y tu sentencia.
Ha! gemiràs alli, pues aqui engañas,
dará tu falso pecho en tus entrañas
verdadero alimento,
como otro Promethèo à un buytre hambriento.

Neop. Pero tu llevas à tu indignacion
màs allà de lo justo. La pasion
te ciega ó Philoctètes.

Phil. Si tú vieras
quan infelíz soi yó, no reprehendieras
mi indignacion. Ha! escucha, y despues dime
si otro con mas razon se irrita, y gime.
Quando los Griegos, si es que no lo sabes,
navegaban à Troya con mil naves,
yó con ellos seguia à la victoria,
y sediento de gloria,
y vano con las flechas, que envidiaba
en mis manos la Grecia, yó miraba
crecer ya àl Simoénte, y luego al Xanto
con la sangre Troyana, y con el llanto
de las viudas de Phrygia, y era Hectòr
muerto à mis manos ya vivo dol[illegible]

de

de Andromache su esposa, y Troya ardia;
pero todo en mi loca fantasia.
¡Deseos fatuos! ¡pensamientos vanos!
de que tal vez se rien los Troyanos.
En fin un dia entre estos pensamientos
nos faltaron los vientos ..
al avistar à Lemnos. Fatigados
de la calma los Gefes, los soldados
saltaron en la playa, y yó imprudente
corriendo à mi ruina, juntamente
con ellos pisé alegre estas arenas
madres fecundas de mis duras penas.
Aqui mientras con otros conversando
me alejo de la playa, y voi mirando
estos tristes collados, mal pisada
una pequeña sierpe, preparada
por la ira de los Dioses inmortales
para origen funesto de mis males,
me picó en este pie. Yo no creiera
que una sierpe pudiera,
aunq̃ toda ella fuese ira y veneno,
causar tanto dolor. Qual roto el freno,
sin ver camino ò senda, và furioso
instigado de el latigo un brioso
cavallo; hecho una furia, si, marchè,
llevando por los montes en mi pie
todo un infierno. Tres veces en vano
quise cortarme el pie, tres fue mi mano
desarmada por fuerza. Yo gemía
sin cesar, sin remedio; y ya venia
la noche à los vivientes intimando
descanso y paz Yo triste suspirando
velaba solo; quando fatigado
de gemir tanto, á un sueño no esperado
entreguè en fin mis ojos. Pero aqui
yò callaré mi huesped.

Neop. Qué ..: ¿Y asi
quieres dejarme en medio de tus males,
sin llevarme hasta èl fin?

Phil. Ellos son tales,
que no le tienen. Dejame te pido
en aquel sueño, menos mal dormido
que dispierto despues. O! que yó ahora
creo mirar la dolorosa aurora
que abrió entonces mis ojos. Dia triste
tu lamentarme, tu empezar me viste
un llanto, que no acaba. Ha ya diez años,
ò mi huesped, que lloro los engaños
de aquella negra noche. Yo dormia
y entre tanto la armada dirigia
su rumbo à Troya. Ha! piensa qual quedè
quando dispierto al rededor mirè,
y à la armada en el mar lejos de mi,
y à mi lado este pliego solo ví.
Pero á donde llegaron mis enojos
quando por èl turbado yó mis ojos
passé con ansia, y vì que me decia: *Lo despliega, y lee.*
(oyelo) *Philoctétes, vendrá el dia,*
y solo te hallaràs sobre esa arena.

Su-

Sufrelo, amigo: Jupiter lo ordena
por boca de Calchante: tus clamores
son la causa; tu herida, y tus furores
turban, é impiden nuestros sacrificios.
Ha! que los altos Dioses mas propicios
te asistan. Vive en paz, y que te vea
luego, y con sano pie, como desea
tu amigo Ulisses. ¡Perfido!¿el amigo?
¿el mio? ¿à quien dejó solo, y mendìgo?
ò! ¡tuviera èl la paz, que me dejò!
ò! gimiera èl diez años como yo,
con mi herida, mis ansias, y mi pena,
y diciendole yo: Jove lo ordena.
Estos tristes collados, que me oyeron,
movidos de mis ayes rospondieron
con eco lamentable: y ya llorando
pasado havia dos auroras, quando
viendome á esta miseria reducido,
levantème de el suelo, y aunque herido,
y muy falto de sangre, y mas de aliento,
empecé à ir mendigando mi sustento.
Las flechas de mi aljava iban certeras
en busca de las aves y las fieras,
que si heridas huìan,
mas que mis pies, mis manos las seguian,
pues qual sierpe con ellas me arrastraba,
para coger las presas de mi aljava.
El mar airado, y un furioso viento,
y un naufragio hacen todo mi contento,
arrojandome aqui de tanto en tanto
infelices, que nō enjugan mi llanto;
pues luego marchan, y me dejan triste:
y asi he vivido, hasta que aqui viniste,
ó mi huesped, enfermo, consumido
de tristeza, sin trato, y sin vestido.

Neop. Por cierto esa tu historia, que nos dices
es dolorosa, y si los infelices
quando se hallan con otros, que lo son
sienten algun alivio, con razon
te puedes consolar, mientras me miras
pues no menos q̄ tù, siento mis iras
contra ese Ulisses, y los dos hermanos,
que à los Griegos en vez de los Troyanos
maltratan sin cesar. No bien faltò
mi padre...

Phil. ¡O Dios! ¿qué dices? ¿ya murió
el invencible Achiles?

Neop. Si, èl ha muerto.

Phil. Ha! dejame llorarlo. El fue por cierto
digno de larga vida, èl lo es de el llanto
de toda Grecia.

Neop. Pero tù que tanto
tienes porque llorar tu triste suerte,
llora amigo tu vida, y no su muerte.
Apenas èl faltò, como decia,
llegaron á mi patria en busca mia
Phenix, y Ulisses, ambos diputados
por la armada, y diciendo que los hados

mu-

muerto Achìles ponian en mis manos,
y en mi espada el vencer à los Troyanos.
Ellos dijeron : yo los escuché,
los creí, me embarcaron ; y llegué
à las playas de Phrygia felizmente.
Salto en tierra, me aplaude nuestra gente,
corren todos al puerto,
juran que ven à Achìles, que no ha muerto,
que vive en mi. Yo vano y orgulloso
no bien su tumba visité, y reposo
para su alma pidì, á los dos hermanos
me presento, y que pongan en mis manos
quanto mi padre poseyó, les digo.
Si, respondieron, todo es tuyo amigo,
à excepcion de sus armas, que ya son
de el sabio Ulisses. ¿Y con qué razon?
¿Y quien las pudo dar à otro guerrero,
y quitarlas al unico heredero?
dije indignado. O! joven, respondió
Ulisses, que presente allí se hallò,
tu aun no has sudado sobre las arenas
de esta playa fatal, que ves: ¿apenas
llegas à Troya, y quieres ya igualarte
con los Gefes, que vió el sangriento Marte,
militando diez años? no, jamás
en Scyro tù colgadas miraràs
las armas de tu padre, que los Griegos
á mi merito dieron, y à mis ruegos.
Yo entonces.

Phil. Dime (y sufreme, hijo mio,
si te interrumpo); ¿pero Ayàz tu tio,
y el valiente Patroclo, que dijeron?

Neop. ¡O si vivieran ellos!

Phil. ¡Yá murieron!
¡y vive Ulisses!

Neop. Yo (porque ¿qué havia
en Troya q̃ esperar? ò ¿quien vivia,
que pudiera vengarme?) detestando
los dos hijos de Atréo, amenazando
al engañoso Ulisses me embarqué,
y las costas de la Asia abandoné
de buelta á Sciro; pero en el camino
la calma ha mejorado mi destino
disponiendo, que en Lemnos conociese
al grande Philoctétes, y que oyese
yo de los tuyos, tú en fin de mis labios,
tu lamentable suerte, y mis agravios.
O! q̃ los Dioses tengan por amigos
à quantos se declaren enemigos
de los impios Atridas : y que pueda
vengarme yo algun dia. No me queda
mas que decirte ya. Yo te deseo
todo el bien que no tienes. A Dios. Veo
que sopla, aunque muy poco, un suave viento.

Egis. Ha! que te den los Dioses un contento
mayor aun que tu llanto.

Phil. ¡O Dios! ¿qué miro?

O! mi amable Neoptólemo, ¿tù à Scyro
navegas, y me dejas en mis penas?
¿y tendrás corazon? ¿y estas arenas
verán, que me abandonas? ¿y podria
de Ulysses imitar la villania
el hijo de un Achiles? Por tu padre
cuya memoria vive por su madre
Diosa inmortal, y por tu mismo honor,
que à compasion te mueva mi dolor.
Bien veo, que he de serte muy molesto,
pero echame, hijo mio, en qualquier puesto
en la proa, en la popa, en donde quieras:
llevame á Scyro, quitame à las fieras
de esta Isla inhabitable. ¿Qué me dices?
¿seràn siempre mis dias infelices?
¿callas? ¿y á tantos ruegos no consientes?
Ha! mi vida, y mi muerte estàn pendientes
de tus labios.

Egis. O Principe, no creo
que puedas resistirte, no. Yo veo
la amable compasion en tu semblante.
Philoctétes verà luego à Peánte
su anciano padre. Si, lo están diciendo
tus ojos, tu piedad, y yo lo entiendo.

Neop. Bien vá, si asi lo quieres, vente amigo
á mi patria conmigo,
yò si tardé algun tanto, si callaba,
solamente dudaba,
que asi herido pudieses tolerar
la embarcacion, y la inquietud de el mar.

Phil. ¿Y còmo si podré? yò aqui tolero
una vida insufrible, yó aqui muero
en esta triste gruta. Ha! permitidme
le diga un largo à Dios; ó bien seguidme,
y miradla una vez, pues ella ha sido
sepulcro en q̃ diez años he vivido.

SCENA IV.

Choro.

Una voz. Bajo el enorme peso, que le oprime
de altisimas montañas, yace, y gime
Typhéo sin cesar. Despedezado
de la rueda fatal, y abandonado
al tormento, al despecho, à la afliccion,
con su sangre mezclando está Ixión
el llanto amargo de sus tristes ojos.

Choro. Estos dos los enojos
de el Cielo provocaron,
y al Tonante irritaron:
sacrilegos, violentos
hoi gimen con razon en sus tormentos.

Voz 1. Ha! que yó veo en Lemnos entretanto
la herida, soledad, dolor, y llanto
de Philoctétes; pero en èl no veo
la barbara insolencia de Typhéo,
la impiedad de Ixión.

Choro. Por tanto advierte
q̃ el Cielo va mudando ya su suerte.
Bien lejos de contarlo entre los muertos,
vemos que abandonando estos desiertos
navega alegre à Scyro.
Voz 1. Es asi la verdad. Yo ya lo miro
en su patria estrechando entre sus brazos
à su padre, á quien dà tiernos abrazos:
èl oye, y este cuenta asi abrazados
sus dolores y afanes ya pasados:
y vé al contarlos convertido en gusto
lo que al sufrirlos fue tormento, y susto.
Asi alegre, asi contento
càntando và el navegante,
quando sosegado el viento
muda todo de semblante,
calla el mar, el firmamento
se descubre màs brillante:
y segura — azia la orilla
se apresura — la barquilla
cruzando sin miedo el mar.
Despues en la playa cuenta
ya sin susto el marinero,
que en medio de la tormenta
iba buscando un madero
temiendose naufragar.

ACTO II.

SCENA I.

Philoctétetes, Neoptólemo, y Egisto

Phil. Vamos, vamos Neoptólemo, à la nave.
Neop. ¿Y que harémos alli?
Phil. ¿Qué? Esperarémos
que el viento tome fuerza: finalmente
alli yó me verè fuera de Lemnos:
Egis. Pero ¡que miro! Vienen à nosotros
dos hombres, y yá llegan: Seràn ellos..
Vendrán sin duda ...

SCENA II.

Los mismos, y Niréo con un Marinero.

Nir. Yo vengo de Troya,
y aqui he saltado por faltarme el viento.
Los Dioses os prosperen. Quien conmigo
à tu presencia llega, ilustre Griego,
me dijò que aqui estabas, y no quise
pasar sin saludarte. Yo navego
àzia Creta mi patria, en donde cargo
ropas, flechas, y varios instrumentos
con que se arman las machinas murales,
y à la Asia voy frequentemente, y vengo.
Asi vivo tratando en estas cosas
desde que empezò el sitio: soy Niréo,
he conocido à Achiles tu gran padre,
y de tí se habla mucho en el Asedio.
No se què se pretende, solo pude
vér, que Phenix con pocos compañeros

se embarcò con el fin de ir à buscarte.

Neop. Yà està visto, los dos hijos de Atréo
à Phenix han movido. Pues Ulisses
sin duda irà con èl.

Nir. No. Yo me acuerdo,
que Ulisses equipaba otro navio
para ir tambien en busca de otro Griego.

Neop ¿Sabes quién sea?

Nir. Si lo se. Mas dime,
¿quién es ese varon?

Neop. El heredero
de las armas de Alcides...

Phil. Philoctétes.

Nir. ¡Philoctètes dijiste! ¡Ha! marcha luego,
huye lejos de aqui, que el nuevo dia
no te amanezca en la desierta Lemnos.

Phil. Hombre ¿qué dices? Habla sin rebozo,
y aclara tus palabras.

Neop. Yo aborrezco
y este tambien detesta à los Atridas,
y ellos no estàn aqui. Puedes sin miedo
decirnos quanto sabes.

Nir. Philoctétes,
Ulysses va en tu busca, y con intento
de conducirte á Troya, ò por engaño,
ò por fuerza: te esperan ya los Griegos,
èl les ha prometido en su partida
volver contigo à Phrygia, y volver luego.

Phil. Vaya: con que los Griegos finalmente
de mi se acuerdan: ¡y olvidaron ellos,
que un dia abandonaron à este mismo,
á quien buscan ahora!

Egis. ¿Qué sabemos?
Los Dioses, que protegen la inocencia
les havrán infundido este deseo,
para que una vez salga Philoctétes
de las miserias, que padece en Lemnos.
Acaso en Troya curarás tu herida;
y quando alli no encuentres el remedio,
sentiràs ciertamente algun alivio
y à con el trato de tus compañeros,
y yà teniendo parte en las batallas,
que á tus flechas darán mas digno empleo.

Phil Agradece à Neoptòlemo á quien sigues,
si yò te sufro en paz.

Nir. Hay mas en esto.
Tiene Priamo un hijo, à quien los Dioses
distinguen sobre quantos agoreros
se conocen en Phrygia: El adivina
y siempre son sus vaticinios ciertos.
Salió incauto una noche de su Troya
y diò luego en las manos de los nuestros.
Lo he visto muchas veces, y èl es uno
de los muchos Troyanos prisioneros.
Este, pues, dijo oyendolo los Gefes:

En

En vano continuàis en el Asedio:
Troya no cederà, sino á las flechas
que entregó Alcides al fatal Guerrero,
à quien diez años hace abandonasteis:
ni èl curará jamas, sino viniendo
á buscar la salud en estas playas.
Al punto Ulysses lleno de ardimiento
se ofreciò á conducirte. Yo lo he visto
equipar con presteza en el Sigéo
una nave, y partir: algunas horas
despues que èl zarpé yò tambien de el puerto,
ni ya le ví. Su nave es mas velera,
y estraño haver tocado yó primero
en esta Isla, que Ulysses. Dios os guarde.
Nada mas tengo que decir, y el viento
me llama à el mar. A Dios, vivid felices.
Phil ¡Ah! Tu veràs tu patria.
Egis. A Dios, Niréo.

SCENA III.

Philoctétes, Neoptólemo, y Egisto.

Phil. ¡Dioses! Sufris con vida al impio Ulysses.
Y èl sobre ser fingido, ¡aun es tan necio,
que se ofrece à obligarme con razones,
ó con la fuerza! ¡Vah! Si ese agorero
que en Troya lo vé todo, viese aqui
los sentimieetos de mi ayrado pecho,
el apartára à Ulysses de esta empresa.
Philoctétes, y el hijo de Laercio
entonces se unirán, quando se junte
la noche con el Sol. Disto yò menos
de unirme con la sierpe, que introdujo
por mi pie mi dolor, y su veneno.
Vamos, vamos de aqui: si llega Ulysses
que como yó se encuentre en un desierto.
Pongamos de por medio á todo el mar.
Nunca se dista mucho de un perverso.
Neop. Pero el viento es muy poco favorable,
y muy tenue: èl irá tomando cuerpo.
esperémos un poco.
Phil. No, que Ulysses
ciertamente no espera.
Neop. Pero el viento
tambien es tenue para Ulysses.
Phil Saben
los pyratas marchar con qualquier tiempo.
Neop. Pues tanto lo deseas, vamos. Toma
tus alhajas, y huyamos.
Phil. ¡Yo! no tengo
alhajás que tomar: algunas hierbas
con que curo mi herida, algunos lienzos

con que la limpiò, son todos los bienes
que me dejaron al partir los Griegos.
Este arco, y esta aljava con sus flechas
que Hercules me dejò, que yó venero
son mi cierto thesoro.

Neop. ¿Este es el arco,
y estas las flechas de aquel Dios? ¿Y puedo
tomar yó, Philoctétes, en mis manos
unas armas, que Alcides otro tiempo
tuvo en las suyas?

Phil Puedes hijo mio,
puedes, y tomalas. Yò ya te debo
esta dulce esperanza con que vivo
de vér antes de mucho por tu medio
à mi padre, á mi patria, á mis amigos.
Tu me das hoi la vida, y el consuelo
que yó ya no esperaba. Si, bien puedes *Daselas.*
tomar mis armas. Pero entre los Griegos
sabe que eres tu solo, el que ha tenido ...
la gloria ... de tocarlas.

Neop. Yo agradezco ...
¡pero tú vas mudando de semblante!

Egis. ¡Qué palidez! ¡Qué sudor frio! cierto
en èl hai grande novedad: en blanco
se le paran los ojos: sobre el pecho
la cabeza inclinada manifiesta
su desmayo, y lo dice su silencio.

Phil. ¡Ay de mi!

Neop. ¿Philoctétes, dí qué tienes?

Phil. ¿Qué tengo? Nada. Vamos de aqui luego.

Neop. Vamos, si lo permite tu desmayo.

Phil. ¡Ay! No: yo no desmayo. Caminémos.
¡Dioses¡ ¡Benignos Dioses!

Neop. ¿Porquè gimes?
¿Por qué fijas los ojos en el Cielo?

Phil. ¡Ay! Gimo porque estoi en estas playas,
y miro al Cielo, y entre tanto ruego
à Jove, y à los Dioses inmortales,
que nos conduzcan al deseado puerto.
¡Ay! ¡Ay de mi!

Neop. Lo dicen tus gemidos:
disimulas en vano: yo lo veo
en tu frente, en tus ojos: tu padeces
un intenso dolor.

Phil. Yo lo confieso ...
no puedo sufrir mas. ¡Ay¡ La congoja ...
de el morir ... no es mayor ... Hijo ... Yó muero ...
yo en breve ... perderé ... todo ... el sentido, ...
y tu entonces ...

Egis. ¿Què dice?

Phil. ¡Ah! Yo te ruego ...
por la gloria de Achìles . . . que tu entonces . . .
no te apartes de aqui . .

Neop. Deja ese miedo.

No

No te abandonaré:no ſoy yò Ulyſſes.

Phil. Pero ... mis armas ... ¡ay ¡

Neop. Yo te prometo,
que mientras eſtén ellas en mis manos
no paſarán ſino à las tuyas.

Phil. Eſto ...
Neoptòlemo... es morir ...

Egiſ. Cierto, èl eſpira.

Neop. No. Será algun deſmayo paſagero
ocaſionado de el dolor.

Egiſ. ¿Quién ſabe?

Neop. ¡Infeliz! Aqui eſtà ſu pobre lecho:
recoſtemoslo en èl.

Egiſ. Bien dices.

Neop. ¿Puede
encontrarſe un mendìgo, à quien el Cielo
tràte con mas rigor? ¿Y á quien los hombres
olviden mas, y favorezcan menos?

Egiſ. No, no hai hombre tan barbaro en el mundo,
que ſi lo vieſe como aqui lo vemos,
no diera algun ſuſpiro à los dolores
que aſi lo martirizan.

Neop. Yo confieſo
que con razon deteſta à los Atridas,
à Ulyſſes, y à la armada. ¿Qué? Yo empiezo
tambien con èl à deteſtarlos.

Egiſ. ¡Pyrrho!
¿Qué me dices? ¿Qué eſcucho?

Neop. Que habla en ellos
la maldad, el engaño: que los ſirva
quien los quiera adular: que al fingimiento
los que ſon como yò nunca ſe abaten:
y que mi padre me dejó heredero
de ſu heróyco valór.

Egiſ. Pero eſas iras
ſon aqui intempeſtivas. ¡Ha! Penſemos
en navegar á Troya. Philoctétes
privado de ſentido en breve tiempo
puede ſer conducido à nueſtra nave
ſin que ſe nos reſiſta, y ſin ſaberlo.
Ulyſſes, como viſte, el ſabio Uliſſes,
que acaba de embiarnos à Niréo
diſimulado en mercader, nos inſta
á apreſurar la marcha. Vamos luego:
los Atridas eſperan...

Neop. ¿Qué?

Egiſ Que á Troya
con Philoctétes, que á vencer marchemos.

Neop. Pero engañando à eſte infelíz vilmente,
y engañandole yó: ¿y ha de ſer eſto
porque Ulyſſes nos inſta? ¿porque eſperan
nueſtra buelta los dos hijos de Atréo?
¡Ah! Egiſtho, tù lo ſabes, y no puedes
finalmente olvidarlo. Fueron ellos
los que à mi padre Achiles tantas veces
irritaron en Aſia, los que hicieron
perecer con engaño à Palamédes,
al inocente Palamèdes: ellos
obligaron à Ayàz mi grande tio
à traſpaſarſe con ſu miſmo azero
negandole las armas de mi padre,
para

para darlas à Ulyſſes: y el conſejo
de eſte admirable artifice de engaños
tiene aqui triſte, ſolo, y medio muerto
qual tus ojos lo ven á Philoctètes.
En ſuma, Egiſto, yó fingir no quiero,
aunque lo mande Agamemnon, Ulyſſes,
la armada, el mundo.

Egiſ. Pues abandonemos
à Troya para ſiempre. Ello prometen
los Dioſes ſu ruìna al heredero
de eſa aljava fatal.

Neop. Pero los Dioſes
no nos mandan fingir: ellos ſon rectos,
y ſiempre aborrecieron al engaño,
y lo caſtigan ſiempre. Yo aqui eſpero,
que Phyloctétes cobre ſus ſentidos.
Le diré adonde voi, y lo que el Cielo
á ſus flechas promete, ſi conmigo
navega á Phrygia.

Phil. ¡Amable luz! Yo buelvo
otra vez à gozarte, y tú à mis ojos.

Egiſ. ¡El ſe recobra!

Phil. Pero aqui no encuentro....
¡Dioſes! ¿Mi hueſped donde eſtà?
¡Ah! Perdona

Sale de ſu cueva, y vé à Neoptòlemo.

mis dudas, hijo mio. Con que en Lemnos
has querido eſperarte, y á mi lado,
y aguantando mis males! No lo hicieron
los Atridas aſi. ¡Vah! No es lo miſmo
deſcender de un Achiles, que de Atréo.
Vamos, vamos Neoptólemo.

Neop ¿Y adonde?

Phil. ¿Adonde? A Scyró.

Neop. Pero yo no puedo
navegar à mi patria.

Phil. ¿Qué accidente
te lo impide? ¿Qué dices?

Neop. Que yó ſiento,
Philoctétes, tu engaño.

Phil. ¡Engaño! ¡O dioſes!
¿A mi me engañan? ¿Como? ¿Y quien? ¿Tan preſto
ſe han mudado las coſas? Me prometes
conducirme à tu patria: yo contento
me diſpongo á marchar: un importuno
y penoſo deſmayo, quales ſuelo
à tiempos padecer, cierra mis ojos,
me quita la advertencia: no bien buelvo
(¡Ay triſte!) à uſar de mi razon, y eſcucho,
y me lo dices tù, que es un miſterio
nueſtro viaje àzia Scyro: que me engañan:
que ſoi un miſerable.

Neop. Compadezco,
Philoctétes, tu ſuerte. Sal amigo,
ſal ya de confuſion. Yo no navego
como dije, à mi patria, voy à Troya,
y tù conmigo has de venir: el Cielo
darà

dará alli la victoria á tus saetas,
y remedio à tu herida.

Phil. ¿Hablas tu serio?

Neop. Tanto, que hablan los Dioses
por mi boca;
son ellos ...

Phil ¡Ay de mi! ¿Joven guerrero,
qué lazo me has armado? ¿Y te parece
que un desdichado como yo, que en Lemnos
vive à merced de el frio, y de las fieras,
no es bastante infelìz, si desde lejos
no vienen á insultarlo? Dame al punto,
dame mi arco, y mis flechas.

Neop Desde luego
son tuyas, si me sigues.

Phil ¡Ah! ¡Què escucho!
¿Qué negro engaño es este? Ahora entiendo
tu cobarde artificio. ¿Y tú te llamas
hijo de Achiles? Llamate primero
ò Sinón, ò Thersites. Los cobardes
no son hijos de Achíles.

Neop. ¡Ah! Yo encuentro
en tus labios la pena de mi culpa:
con razon me desprecias.

Phil. Y yó espero
que me buelvas mis armas, y perdono
tu engaño, y vete en paz: en mi desierto
dejame perecer.

Neop. ¿Y qué harè yó?

* * *
* *
*

SCENA IV.

Los mismos, y Ulisses con Nirèo.

Ulis. ¿Y pudiste dudar? ¿Esto os mandò
la armada entera?

Phil. ¡O Dios! ¿Quien ha trahido
á mis ojos tal furia? Estoy perdido.
Este es Ulysses.

Ulys. Si: yò soi.

Phil. Tu embiaste
tus engaños primero, y ya llegaste:
ellos son los cobardes precursores,
que suelen preceder à los traidores.

Ulys. Eso mientras á Troya caminamos
me lo dirás de espacio: ahora vamos.

Phil. ¿Perfido, tú lo esperas?

Ulys. ¿Pues qué? ¿Te hallas mas bien entre las fieras
gimiendo sin cesar sobre esta arena
solo, y enfermo?

Phil. *Jupiter lo ordena*
por boca de Calchante.

Ulys. Pero ahora
por la de Héleno Jupiter mejora
tu suerte, y ya te mira mas propicio.

Phil. *Mis ayes turbaràn el sacrificio*
de la armada devota.

Ulys. Alli tus males
(lo prometen los Dioses inmortales)
cesaràn, y con ellos tus gemidos.

Egis. Esto es cierto.

Ulys. Lo grita à los oidos
Héleno de la Grecia: en el Sigéo

mil veces se lo oì.
Phil. Yo no te creo.
Ulys. Si, Jupiter lo dice.
Phil. ¿Y hasta quando
sufriré yò à un perverso, que abusando
de el nombre de los Dioses impiamente
oubre con ellos quanto finge, y miente?
Si en esta Isla fatal me abandonaste,
Jupiter lo ordenó: si me dejaste
gemir diez años sin algun consuelo,
esto mandaba puntualmente el Cielo:
y si ahora me insultas, y me engañas,
Jove, los Dioses dictan tus marañas.
Teme, malvado, teme en cada instante
que te falte el terreno, ó que el Tonante
te fulmine en un rayo su furor,
y sus ultrages vengue, y mi dolor.
¡Sierpe sombria! ¡Y còmo te ocultabas
de mi que te conozco! Tu esperabas
que un joven, à quien antes engañaste,
me engañase despues: tu violentaste
su bello natural, y un corazon,
que no, no se hizo para la ficcion.
El sufre, y manifiesta el sentimiento
de haverte obedecido. Yo presiento,
triste joven, tu enmienda. Ha! semejante
si al grande Achiles, como en el semblante,
eres en la alma: rompe y echa fuera
toda ficcion, buelveme mi arco.
Ulis. Espera.

Deteniendo à Neptolèmo, que và à darle su arco.

Phil. ¿Pero què ha de esperar?
Ulys. Ver si resuelves
con nosotros venir à Troya.
Phil. ¿Y buelves
à tratar de este asunto
Oye pues: ya resuelvo. Marcha al punto,
huye de mi presencia ahora mismo,
vete à Troya, ò mas bien vete al abismo.
Yo ni puedo, ni quiero, ni jamàs
podré, ò querrè vivir contigo. Aun más:
que perezcan los dos hijos de Atréo
con su armada. Este es todo mi deseo,
que tambien lo serà, quando ande suelto
mi espiritu de el cuerpo. Esto he resuelto.
Ulis. Y esto mismo las furias resolvieran,
si las furias en Lemnos estuvieran.
Bien và, buelve à tu cueva; para nada
te necesita el Cielo, ni la armada.
Vive, y muere sin gloria, por mi puedes:
Teucro, Phenix, Neoptòlemo, Diomedes

car-

cargaràn con tu aljava ; y si ellos
no,
estas manos podràn , y sabré yo
tus flechas dirigir al enemigo ,
traspasarlo , y vencer : serà testigo
el campo vencedor de mi victoria:
y asi Ulysses tendrà toda la gloria,
que el Cielo destinaba
á tu industria , à tus manos , y à
tu aljava.

Va marchando , y tira consigo à Neoptòlemo.

Phil. ¡Ha cruel ! Buelve , quitame la
vida ,
y pues ya eres ladron , pasa à homicida ;
que asi roba primero , y luego
mata ,
y asi enriquece el barbaro pirata.
¡Grande Hercules , y tú en manos
tan viles
tus armas miraràs,y las de Achíles!
O Joven , si eres ya, como dijiste,
hijo de un padre tal, ¿porque mentiste ,
quando me prometias ,
que solo de tus manos à las mias
pasarian mis flechas ?

Neop. No he faltado
en esto à mi palabra. Aun no han
pasado
à manos de otro alguno.

Ulys. Este sobre furioso es importuno.
Vamos , vamos Neoptólemo : perdemos
todo el tiempo en hablar , y nada
hacemos.

Da dos pasos mas con Neoptòlemo.

Phil. Perfidos , acabad lo que empezasteis :
antes me abandonasteis ,
me desarmais ahora : teneis hecho
lo mas , y os falta poco : abridme
el pecho
si ya no deseais , que con un lento
martirio me devóre mi tormento.
Playa ardiente de Lemnos , selva
triste ,
que cansada de oirme , me bolviste
mis ayes con tus ecos repetidos ,
sufreme en paz , yò buelvo à mis
gemidos.
Y ò cueva llena ya de mi dolor ,
que mil veces beviste mi sudor,
mezclado con mis lagrimas, recibe
à tu huesped antiguo : ahora vive ,
mas luego , segun crece mi amargura ,
morirà , y tu seràs su sepultura.
Venid fieras,venid,despedazadme,
venid , y devoradme :
las flechas que ya hicieron vuestro
espanto
estàn en otras manos : y mi llanto
en mis ojos continuo,ni á las fieras,
ni à Ulysses mueve. ¿Pero tù què
esperas ,
infeliz Philoctétes? ¿Qué amargura
te queda que apurar ? Tu desventura
llegò á lo sumo. Sal , sal de tus
penas.
Hartas ya de mi llanto estas arenas
beban mi sàngre , y pasen mis dolores
á la armada , y à todos los traidores ,

que à este golpe me obligan.
Neop. Tente amigo:
deja la espada, Pyrro està contigo,
y te buelve tus armas.
Phil. He, tu vienes
à engañarme otra vez.
Neop. Aqui las tienes; *Se las dà.*
tomalas, no te engaño.
Ulys. ¡O Dios! ¿Qué has hecho?
Neop. Arrancar de esa mano, y de ese pecho
una muerte violenta,
que sobre ser mi afrenta
juntamente seria
dolor de nuestra armada, y alegria
de la enemiga Troya.
Ulys ¡Ha! De otro modo...
Neop Yo no se otro mejor, que darlo todo
à la honradez, y nada à la ficcion.
Ulis. Pero...
Phil. Pero tu vé, y dile à Pluton,
que esta flecha diò fin à tus engaños,
à tus palabras, y á tus negros años.
Neop. Philoctétes, ¡ha! No.

Poniendose entre Philoctètes, y Ulysses.

Piensa un momento...
Phil. Pensaremos despues.
Neop. El fingimiento
no es peor, que la venganza.
Phil. Yo lo creo,
pero ahora...
Neop. Tu empiezas à ser reo,
y à merecer tu cueva, y tus dolores.
Phil. Nunca faltó defensa à los traidores.

Deja de apuntar.

Bien va. Viva ese indigno, tù lo dices,
Viva, y llene à la tierra de infelices,
hasta que en fin las furias de el Averno
den un dia con èl en el Infierno.
Neop He, templa amigo, templa tus enojos
y empieza yà à mirar con otros ojos,
y à escuchar con una alma mas serena
à quantos à la parte de tu pena
compasivos entramos. Tu afliccion
te pone tan distante de razon
quanto estàs de los hombres. No es Calchante,
no Agamemnón, no Ulysses, el Tonante
por Héleno Troyano es quien hablò;
y eres tù Philoctètes, y soy yo
á quienes llama; y deja vinculada
la victoria à tus flechas, y à mi espada.
En Asia la salud te està esperando,
la fortuna, el honór. ¡O Dios! ¿Y quando
te dejaràs vencer? Conoce amigo,

que eres tú solo el unico enemigo,
que tiene Philoctétes. ¡Ha! si amaste
á Achiles ya inmortal, si no olvidaste
con su muerte su amor, piensa que ahora
un hijo suyo tu asistencia implora.
Llevame á lás batallas: un guerrero
diestro en el arco, diestro en el acero,
qual eres tú, me eseñará á vencer.
Tu me verás seguirte, tù crecer
imitando tus brios, tú serás,
Philoctètes, mi Achiles, y verás...

Phil. Yo ya he visto bastante. Yo soi nada
de quanto tù imaginas. ¿Nuestra armada
puede crecer, si se le añade un muerto?
Este soi yo, hijo mio. Y ten por cierto,
que la edad, y el deseo dela gloria
te engañan dulcemente. A la victoria
se llega tarde, ò nunca. Los Troyanos
tienen espada, corazon, y manos,
y nuestra sangre agotan. Tu no obstante
marcha, milita, y vence si el Tonante
te quiere prosperar. Mas yo, hijo mio,
yo no soi lo que fuì: falta ya el brio
á mis debiles brazos, y mi acero
se embota ... ¡Ha! Yo no soi qual
fui primero.

Neop. Si lo serás, curando alli tu herida.

Ulys. Lo prometen los Dioses.

Egis. Tu partida
llenarà de contento à nuestra gente.

Nir. Vamos. ¿Què esperas?

Todos. Vamos.

Phil. ¡O inocente,
ò candido Neoptolemo! Yo veo
tu bello corazon, y tu deseo;
pero tu ciertamente no conoces
el engaño que ocultan esas voces.

Ulys. Como estaba se està.

Neop. No, no hai engaño.

Phil. Tu lo crees asi, yo no lo estraño.
Tu corazon es recto, y tu razon
mide à los otros por tu corazon.
¡Pero quanto te engañas! Si temieras,
como las temo yo, si conocieras,
como yo las conozco, las dobleces
de tu infiel conductor, ó quantas veces
te huvieras apartado con horror
de tu infiel, y torcido conductor!
Teme, teme Neoptòlemo, à sus labios.
O! que ellos son funestamente sabios:
los abre la dulzura, y luego el llanto
sale, y sigue la muerte. Ese es el canto

de

de una fatal Syrena, y lisongera;
y asi el mar con la calma por afuera
en su seno mortal cria, y fomenta
el terror del piloto, y la tormenta.
En suma, yo no creo lo que el dice;
y mas quiero vivir aqui infelice,
que dichoso con el. Si quiere el Cielo
un dia darme en fin algun consuelo,
ó conducirme á Troya, el me hablará
ciertamente por boca, que tendrà
la verdad en su lengua.

Ulys. He, que el Troyano
Hèleno, ni es Ulysses, ni es mi hermano,
ni mi amigo.

Phil. Ni Ulisses es sincero:
èl cita á Jove, à Apolo, á ese Agorero,
al Abismo, al Olympo en cada instante;
y ni Hèleno, ni Apolo, ni el Tonante,
ni el Cielo, ni el Abismo
por tal boca hablarán.

Ulys. Siempre es el mismo.

Phil. Y siempre lo seré.

Todos. ¡Dioses!

Phil. Què siento!

* * * *
* * *
* *
*

SCENA V.

Hercules, y los mismos.

Herc. Yo soi Alcides: no temais. Atento
oyeme Phyloctètes. Tu bien sabes
(y ya los viste alguna vez) quan graves,
y quan prolijos mis trabajos fueron;
pero pasaron ya, y ellos me dieron
asiento entre los Dioses inmortales.
Tantoes es el bien, que pueden dar los males.
Tu verás, que por Lemnos (vendrà el dia)
por la montuosa Lemnos se subia
rectamente á la gloria. Ahora el Cielo
quiere que dejes este triste suelo,
y navegues á la Asia: alli hallaràs
el fin de tus dolores, curarás
alli tu herido pie. Luego ya sano
con una flecha mia, y por tu mano
veràs à Paris espirar: la guerra
tendrà entonces su fin. Daran en tiera,
debilitadas por el torpe amor
aun mas que por los golpes de el valòr,
las murallas de Troya. Y tu, bañada
con la sangre de Achiles no vengada,
Neoptòlemo, que à Phrygia viste, ¡ha! luego

con el acero armado, y con el fuego,
corre à vengarla. Si, marchad los dos,
la fatiga os espera: grande Dios,
que os habla por mis labios, el Tonante
os destina à vencer. Tened delante
su bondad, su justicia, y sus enojos:
pensad que desde el Cielo ven sus ojos
el vicio, y la virtud en vuestro seno;
y que al malo va el mal, y el bien al bueno.
A Dios. Yo os amo: haced que siempre os ame.

Phil ¡Alcìdes, ha! Permite que te llame,
que te vea tu antiguo compañero,
antes que à Lemnos deje.

Neop. Yo venero
grande Hèrcules tu voz, y ya la sigo.
Philoctétes.

Phil. Ya voi.

Neop Lo ves amigo,
el Cielo se declara.

Ulys. El perorò
felizmente mi causa.

Phil. Y aqui yo
miro la ultima vez estos desiertos,
en que viví contado entre los muertos,
lejos de los vivientes.
A Dios pequeñas fuentes,
à quienes mi gran llanto, y su amargura
quitò mucha dulzura,
y aumentò las corrientes. A Dios prados
de mis largos gemidos ya cansados.
Fieras vivid seguras,
yo no os perseguiré. Tristes alturas
de estos asperos montes, no pisadas
de otro alguno, tened siempre gravadas
mis huellas, y creced. A Dios, me ausento
triste cueva de ti, me llama el viento.
Lemnos à Dios...

Neop. Amigo, ya tardamos.

Ulys. Dioses de el mar favorecednos.

Todos. Vamos.

SCENA VI.

Choro.

Tod. Al combate, al sudor, ó guerreros,
encended vuestras iras y ènojos,
prevenid los sangrientos aceros,
y esperad los gloriosos despojos.
¡Ha! Marchad, ¡ha! Corred grandes almas
al combate, al sudor, y à las palmas.

Una voz. Tiembla, ò Troya infeliz. Ve ya dejando
ò Prìamo tu solio, y suspirando
baja al polvo, y espira. En fin Troyanos
soltad las armas, y ocupad las manos

en

en abriros ſupulcro. Eſtos horrores,
ó Paris, hijos ſon de tus amores.
Ancianos, mozos, virgenes, è infantes
¡ha! ſi llorais à vueſtros muertos, luego
vais à ſer todos victimas de el fuego;
deſpues no havrà quien llore: ¡ha! Llorad antes.

Yà truena, ya fulmina
ſobre Troya la guerra:
ya ſe abraſa, y da en tierra:
ya no ſe vé. Camina
piſandola el paſtor,
y el labrador - la hiere
con ſú arado.

Aſi un Imperio muere,
que ya irritò al Tonante;
y queda en un inſtante
ſepultado.

Si damos à ſolo el choro las ultimas Scenas de los actos; podemos imitar en eſto à Mr. Racine, que aſi lo practica varias veces en ſu Athalía, y en ſu Eſther.

F I N.

Barcelona: Por Carlos Gibert y Tutó, Impresor y Librero.